

# Proceso de crisis vivido y sus consecuencias desde una perspectiva feminista

## Congreso Internacional sobre Igualdad Lecturas sociales y políticas de la nueva ola del feminismo

Amaia Pérez Orozco

### 1- ¿De qué hablamos cuando hablamos de crisis?

Ya en los años de euforia financiera, el feminismo hablaba de crisis; lo hacía junto a otras miradas críticas y en contraposición a una lectura lineal y triunfante de la historia según la cual en los países *desarrollados* se vivía mejor de lo que nunca había vivido la humanidad, mientras que el resto de los países estaban *en vías de desarrollo* mediante la réplica del modelo que había probado su éxito. Frente a esta narración grandilocuente y autocomplaciente, se hacían otras lecturas, que eran posibles gracias a la rebelión profunda que implicaba mirar desde un lugar distinto al hegemónico: El feminismo coincide con otras miradas críticas, como el ecologismo, en la apuesta por desplazar su eje analítico y político de los mercados hacia la sostenibilidad de la vida (Marina Sánchez Cid, 2015; Silvia Vega, 2016). Y, desde ahí, mucho antes del estallido financiero de 2007-2008, se *olía* a crisis.

A nivel global, se denunciaba una profunda crisis ecológica, en la que confluían, al menos, tres gravísimos procesos: el cambio climático, la pérdida de la biodiversidad, y el agotamiento de los recursos naturales, con especial gravedad el pico del petróleo. En el Sur global se denunciaba cómo la imposición de severas medidas neoliberales (y, en un sentido más amplio, toda una historia de geopolítica neo/colonialista) había derivado en duras crisis de reproducción social, en las cuales el sostenimiento de la vida se volvía incierto o imposible. Con este concepto amplio se abarcaba procesos de muy diversa gravedad: desde profundas crisis alimentarias (crisis de muerte), a la imposibilidad de acceso a la salud o la educación, los procesos de empobrecimiento, las expulsiones de la tierra, las migraciones como exilios económicos... En el Norte global, se denunciaba la crisis de una dimensión concreta de la reproducción social: los cuidados. Esta crisis mostraba el mal encaje entre la preeminencia de la lógica capitalista heteropatriarcal con la vida cotidiana, sobre todo, de las mujeres\*<sup>1</sup> encargadas de resolver la vida mediante los *cuidados*.

### 2- Aprendizajes de las crisis pre-2008

Los feminismos han sabido utilizar los momentos de crisis para realizar aprendizajes cruciales; y, en gran medida, esto se ha debido a su capacidad para mirar desde la vida y, con énfasis especial, desde las experiencias cotidianas de las mujeres\*.

---

<sup>1</sup> Utilizamos el término mujeres\* para referirnos a quienes, en el marco de un sistema binarista heteronormativo que afecta globalmente, somos leídas como mujeres y/o, de alguna manera nos reconocemos como tales (cis o trans).

En décadas pasadas, los procesos de resistencia del movimiento de mujeres y feminista (en adelante, MMF) en el Sur global a las *consecuencias políticas* de la llamada *crisis de la deuda* (imposición de programas de ajuste estructural y otros mecanismos de sometimiento a la globalización neoliberal, como los tratados de comercio e inversión), permitieron, por un lado y como ya hemos introducido, nombrar la crisis de reproducción social. Y, por otro, identificar que la clave no estaba en rentabilizar ciertos sectores mediante la explotación de la mano de obra empleada en ellos. Sino que el negocio en juego estaba en la apropiación privada de la naturaleza, así como de todos los trabajos de todas las personas, y en la colocación en el mercado de todas las necesidades y facetas de la vida. Si bien es cierto que los *niveles de cautiverio* son diversos, el camino por el que transita el neoliberalismo es el de ir situando en el mercado todas las dimensiones de lo vivo, a beneficio de unos pocos que dominan el proceso de acumulación. En definitiva, la extracción de plusvalía se logra mediante la *mercantilización de la vida*; este es el motor de la economía en el capitalismo.

A partir de aquí, los feminismos nombraron lo que a día de hoy conocemos como el conflicto capital-vida: “La tensión irresoluble y radical –de raíz- que existe entre el capitalismo y la sostenibilidad de la vida humana y ecológica muestra en realidad una oposición esencial entre el capital y la vida”, arguye Yayo Herrero (2010: 28). Afirman que existe una contradicción estructural entre el proceso de valorización de capital y el proceso de sostenibilidad de la vida y que, bajo la preeminencia del primer proceso, el segundo está siempre bajo amenaza. “Entre la sostenibilidad de la vida humana y el beneficio económico, nuestras sociedades patriarcales capitalistas han optado por este último. Esto significa que las personas no son el objetivo social prioritario, no son un fin en sí mismas, sino que están al servicio de la producción” (Cristina Carrasco, 2001: 28). Por decirlo en palabras sencillas, el negocio se hace a costa de la vida: explotando vidas humanas, expoliando la vida del planeta, poniendo el conjunto de lo vivo en riesgo sistémico de destrucción. Como afirma Antonella Picchio, el capitalismo es una “economía de muerte”, un modo económico movido por una “lógica biocida” (Yayo Herrero, 2010).

En la globalización neoliberal, con sus asociados procesos de mercantilización intensificada de la vida, financiarización, feminización del trabajo y ajuste salarial permanente, el conflicto se agudiza. Esta tensión es, en palabras de Silvia L. Gil, un “conflicto que experimentamos en lo cotidiano y encarna, a su vez, una dinámica más general” (2011: 305).

Pero, si no hay vida, tampoco hay negocio, ni sistema. No hay nada. ¿Cómo puede entonces mantenerse a flote este mundo? Nuevamente, el MMF del Sur global logró comprender en qué sentido el neoliberalismo se asienta sobre la división sexual del trabajo. Las mujeres\*, bajo su rol de cuidadoras, asumen la responsabilidad de sacar adelante a los hogares y las comunidades mediante su trabajo no remunerado. Esto proporciona una válvula de escape al endurecimiento de condiciones de vida frente al deterioro de la economía campesina, la privatización de servicios públicos, la precarización del empleo, el encarecimiento de bienes básicos, etc. y posibilita que todo esto se dé sin

que se produzca una debacle socioeconómica. Esta dinámica se ha replicado recientemente en el Norte global, donde el *ajuste* ante la crisis se ha producido en los hogares, protagonizado por las mujeres\*.

Desde el feminismo decimos que uno de los mecanismos clave para sacar adelante la vida en un sistema que la ataca es derivar la responsabilidad de sostenerla a las esferas económicas invisibilizadas. Estas esferas son el *otro oculto* de los mercados capitalistas y han sido nombradas de diversas maneras: trabajo doméstico, reproducción... Aquí vamos a denominarlas *malos cuidados*<sup>2</sup>, leídos como la *cara B* del trabajo asalariado. Usemos la nomenclatura que usemos, nos referimos a que la responsabilidad de sacar adelante los procesos vitales amenazados se sumerge ahí donde queda privatizada (no es del común) y feminizada (vinculada a una ética reaccionaria del cuidado como puntal de la femineidad hegemónica).

Este sostenimiento de la vida que es atacada debe hacerse desde lo oculto, desde los trabajos que *no existen* en los ámbitos que *no son económicos* y por los sujetos que *no son sujetos políticos*; porque, si existieran y se nombraran, y si quienes los hacen tuvieran identidad política, el conflicto saltaría a la luz en toda su crudeza. Este es, argüimos, el sentido profundo de la división sexual del trabajo sobre la que luego volveremos. Por eso decimos que el sistema socioeconómico tiene la forma de un iceberg: en la parte visible, en el epicentro, están los mercados capitalistas, regidos por una lógica de acumulación y asociados a la masculinidad blanca. En la parte oculta están los procesos que sostienen la vida, los *cuidados inmolados*. Esta esfera ha de permanecer *invisible* en el sentido de carecer de *politicidad* (en términos de Rita Segato, 2016). Este iceberg pivota en torno a un eje heteropatriarcal y colonialista que define los niveles de visibilidad/politicidad y los mecanismos de invisibilización.

El MMF del Sur global percibió con nitidez lo que posteriormente comenzó a ver el MMF del Norte global al percibir lo que denominó como crisis de los cuidados. Como afirmaba Sira del Río hace más de una década, con esta crisis:

“no sólo queda de manifiesto la subordinación de las necesidades humanas a las necesidades de los mercados, sino cómo el modelo tradicional para resolverlos estaba basado en la opresión de las mujeres y que esta opresión, además de garantizar la continuidad de la sociedad patriarcal, era esencial para el desarrollo de la sociedad de mercado y de su lógica” (2003).

### **3- La crisis, de 2008 hasta hoy**

Tras el estallido financiero de 2007-2008 se ha vivido un proceso de imposición de durísimas políticas que implican que los estados se han escorado (aún más)

---

<sup>2</sup> Usamos este término para distinguirlos de otra forma deseable de cuidados (entendidos como la gestión corresponsable de la vida en común) que sería más bien una contrapropuesta a las formas de trabajo dominantes hoy, ambas alienadas: el trabajo asalariado y los cuidados inmolados.

hacia las necesidades y exigencias de los mercados financieros<sup>3</sup>. Se socializaron los riesgos del capital con medidas tales como los rescates bancarios, los diversos mecanismos que implican la conversión en deuda pública de la deuda privada de bancos y grandes empresas, y la apertura de nuevos nichos de negocio gracias a la privatización de instituciones financieras y servicios públicos. Al mismo tiempo, se individualizaron los riesgos de la vida, los de la ciudadanía misma, con el conjunto de medidas que forman parte de los paquetes de *austeridad* y *recorte*. Dicho de otra forma, las políticas *anti-crisis* buscan la recuperación de las tasas de ganancia a costa de un severo ataque a las condiciones de vida, tan duro que hay quienes prefieren hablar de “austericidio” (Lina Gálvez, 2013).

Ante el desajuste de los mercados, el Estado se reajustó para volver a garantizar la acumulación merced a dichas políticas *austericidas*. Pero el balance final de tiempos, trabajos y recursos para (intentar) seguir sosteniendo la vida en las nuevas y más difíciles circunstancias se produjo en lo privado-doméstico, a través de un reacomodo de las expectativas materiales y emocionales de reproducción, y de nuevas combinaciones de trabajos remunerados y no remunerados para cubrirlos. Adaptando la terminología desarrollada para entender los impactos de las políticas neoliberales en el Sur global en décadas pasadas, podríamos decir que se replican en el Norte global las siguientes estrategias de *supervivencia*<sup>4</sup>: la puesta en marcha de una *economía de rebusque*, que implica la exploración de nuevas fuentes de ingresos, acudiendo a (auto)empleos precarios, y/o en la frontera de la informalidad; la *economía gratis*, con la que se tiende a compensar con trabajo no remunerado lo que ya no es accesible vía consumo y/o lo que el Estado deja de proveer<sup>5</sup>; y la articulación de una *economía de retales*, activando, reforzando o creando redes en las que se comparten recursos (tiempo, dinero, vivienda, información...) y se ponen en común trabajos (pagados y no).

Lo sucedido hasta aquí permitió volver a constatar lo ya identificado: el carácter estructural e irresoluble del conflicto capital-vida, que estalló tras haber intentado ser acallado; el escoramiento sistémico hacia el proceso de acumulación, a costa del ataque a los procesos vitales, como mostraron las políticas *austericidas*; y el papel final de los trabajos invisibilizados,

---

<sup>3</sup> Este proceso ha resultado especialmente virulento en el Norte global, en el sentido de que estas políticas habían sido ya impuestas en el sur global y, al mismo tiempo, en algunos territorios (como diversos países de América Latina), la existencia de gobiernos autodenominados progresistas ha funcionado como cierto dique de contención, al menos por un tiempo.

<sup>4</sup> Usamos el término *supervivencia* en un sentido amplio que apunta a cómo se resuelve la vida con los máximos niveles de bien-estar posibles en un contexto de dificultad. Cuando por primera vez se nombraron estas estrategias se las calificó como *nuevas* refiriéndose más al hecho de ser reconocidas por primera vez (sacando de lo invisible la economía protagonizada por mujeres) y no tanto a que fueran inéditas. Son formas recurrentes a lo largo de la historia del proyecto modernizador (capitalista, heteropatriarcal y colonialista) para preservar la vida frente a ataques de diversa intensidad en distintos momentos y para diferentes grupos sociales. La literatura sobre las estrategias en el Sur global en los ochenta y noventa es abundante; entre ella María Angélica Fauné (1995).

<sup>5</sup> Poniéndose de manifiesto lo que M. Ángeles Durán (2012) califica como “papel contracíclico” de los trabajos no remunerados (diferencial por clase social), al actuar como colchón que absorbe los shocks mercantiles.

protagonizados por mujeres\*, como colchón del sistema. Visibilizar este ajuste abre una oportunidad fundamental para replantear las bases mismas del sistema económico.

En la crisis quedan en evidencia el daño vital que implica un sistema construido en torno a los intereses del proceso de acumulación, así como la falsedad del modelo de autosuficiencia vital: se ven con claridad el carácter inherentemente vulnerable de la vida (que obliga a cuidarla si queremos que sea) y la interdependencia como relación económica principal (si bien resuelta de manera sumamente desigual). La ficción de la inserción individual exitosa en el empleo y el consumo requiere de un contexto mercantil favorable. Cuando este quiebra y cuando se erosiona el papel del Estado como garante del bien-estar común, la población se sostiene gracias al funcionamiento de redes y a la activación de un sostenimiento de responsabilidad por lo colectivo. ¿Podemos, a partir de aquí, discutir sobre cómo afrontar la vulnerabilidad vital de forma que la interdependencia que caracteriza a la economía no se resuelva en términos de desigualdad?

El funcionamiento de las estrategias de supervivencia, en la medida en que implica la ampliación (siquiera parcial) de las redes de gestión económica de la cotidianeidad, ¿tiene capacidad para sacar de lo invisible la responsabilidad de sostener la vida, logrando avanzar en su colectivización y des-feminización? Aquí subyacen varias preguntas vinculadas. ¿En qué medida estas redes siguen asociadas a los modelos tradicionales de familia? En el vínculo entre la economía de retales y la del rebusque, surgen *paraeconomías*, redes de producción, distribución y consumo semi-monetizadas y/o en los márgenes de los mercados capitalistas. ¿Se trata de formas de organización precaria y de excepción o van configurando una economía popular capaz de hacerse colectivamente cargo de la reproducción social? ¿Hay solidaridad y redistribución o un encuentro momentáneo en el que cada quien aspira a sacar adelante a su pequeño núcleo? ¿Descansan estas redes sobre los trabajos mal valorados de las mujeres\*? La experiencia latinoamericana de décadas pasadas permitió ver el papel de colchón de las redes comunitarias, pero también que a menudo funcionan en base al trabajo desproporcionado de las mujeres\*. Este papel fue luego aprovechado por el Estado cuando apuesta por una “nueva política social”, uno de cuyos pilares sería el abuso del trabajo no pagado o mal pagado de las mujeres\*, tal como evidencia el elocuente título del texto de Maxine Molyneux (2007): “¿Madres al servicio del estado?”. Pero también hay quienes reivindican ese surgimiento de las *economías otras* (por ejemplo, Natalia Quiroga, 2009).

Mientras esas preguntas siguen en el aire<sup>6</sup>, cabe señalar que las estrategias de supervivencia desplegadas no han sido suficientes para contener el ataque implícito en las políticas austericidas. Así, en el Norte global surge una crisis de reproducción social, que ya se había instalado en el Sur global. Esta crisis está conformada por, al menos, tres procesos: Primero, el incremento generalizado, aunque desigualmente repartido, de la precariedad de la vida, entendida como la inseguridad en el acceso sostenido a los recursos necesarios para llevar

---

<sup>6</sup> Un abordaje sistemático, reciente y novedoso, está en Cristina Vega, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes (eds.) (2018).

adelante el proyecto de vida elegido<sup>7</sup>. Segundo, el paso cada vez más frecuente de situaciones de precariedad a situaciones de exclusión, donde ya no hay incertidumbre sobre el acceso, sino falta de acceso a los recursos. Y, finalmente, el fuerte aumento de desigualdades sociales y la aparición de nuevas vías de exclusión y diferenciación social. Este fenómeno se caracteriza por la concentración de la riqueza y los derechos en determinados grupos, mientras que la inmensa mayoría camina hacia la precariedad y/o la exclusión.

Habitamos un proceso de *periferización del centro*; la crisis de reproducción social se instala como nuevo régimen de vida incluso en aquellos lugares del mundo que creían haberse situado en las posiciones ganadoras. Y esto se vincula con la profundización de esta crisis en el Sur global: desplazamientos masivos de población por causas medioambientales, crisis alimentarias, auge de un régimen extractivista de acumulación por desposesión... En un sentido más de fondo, a lo que nos enfrentamos es al virulento ataque sobre la vida que se está produciendo a nivel global. Si el conflicto capital-vida en ciertos momentos de la historia y espacios geopolíticos ha querido e, incluso, podido, pasar desapercibido, ahora es crudo. El sueño del *desarrollo* se ha hecho añicos. Los malos vivires desigualmente repartidos se generalizan. ¿Quién y cómo va a nombrarlos?

Esta crisis multidimensional, acumulada, una crisis que podemos llegar a calificar como civilizatoria, se da además en un contexto de emergencia planetaria, marcado por el colapso ecológico. El ecologismo, en general, y el ecofeminismo, en particular, nos alertan de que la crisis ecológica es la expresión de un proceso aún más hondo: la entrada en el Antropoceno, “una nueva época de la Tierra, consecuencia del despliegue del sistema [capitalista] urbano-agro-industrial a escala global, que se da junto con un incremento poblacional mundial sin parangón histórico” (Ramón Fernández Durán 2011: 9). Esta nueva era está derivando en el colapso ecológico, que es ya inevitable al igual que lo es, en consecuencia, el decrecimiento de la esfera material de la economía. El decrecimiento metabólico (en los flujos materiales y energéticos que sostienen el despliegue de la actividad socioeconómica) no es una opción, sino un hecho. “El declive energético y de los minerales, el cambio climático y los desórdenes en los ciclos naturales, lo imponen” (Yayo Herrero, 2012). Lo que sí podemos es evitar sus peores consecuencias en términos vitales. ¿Cómo lograrlo?

En ambos sentidos, tanto desde la noción de una crisis de reproducción social global como desde la de colapso ecológico, afirmamos que estamos en transición: del mundo que conocíamos hacia... ¿dónde? La pregunta ya no es si queremos que cambiar el sistema, sino si queremos hacernos cargo de hacia dónde va a producirse una transformación inevitable. Y la respuesta que dan los feminismos es que es absolutamente urgente hacerse cargo, porque el sistema en quiebra, ese que hemos criticado históricamente y que, junto a

---

<sup>7</sup> Lo que Judith Butler recientemente nombra como “precariedad expansiva” (Butler/Soloveitchik, 2016).

otrxs<sup>8</sup>, denominamos *esa Cosa escandalosa* (poniendo cada quien el énfasis en una monstruosidad diversa<sup>9</sup>), tiene su propio proyecto de rearticulación.

#### 4- El proyecto hegemónico de rearticulación

Cuando apostamos por hablar desde la sostenibilidad de la vida, apostamos por reconstruir la noción de crisis para nombrar los procesos de quiebra de lo vivo. Mirando desde ahí, ni la crisis se remonta a 2007-2008 ni a día de hoy está remitiendo. Más bien, está expandiendo su carácter crónico a un territorio más amplio, al ir instalándose en un número creciente de países y/o colectivos del conjunto del planeta. Pero también el sistema hegemónico está en dificultades. El poder corporativo enfrenta un grave y doble problema: la incapacidad del capital para seguir en una espiral creciente de negocio y el fin de la energía abundante y barata (entre otros límites biofísicos).

Ante esta situación, el propio sistema quebrado está recomponiéndose, tiene lo que Gonzalo Fernández (2018) denomina “el proyecto del capitalismo del siglo XXI”<sup>10</sup>. Este proyecto de recomposición no aparece limpio ni explícito. Antes bien, subyace a lo que aparentemente son dos modelos contrapuestos entre la versión más *seductora* de lo que, siguiendo a este autor, podemos denominar el “capitalismo más universalista y globalizador”, representado, por ejemplo, por la Unión Europea, y la más abiertamente violenta del “capitalismo más unilateralista y reaccionario”, representada, por ejemplo, por el Estados Unidos de Donald Trump.

El capitalismo universalista retiene aún grandes dosis de la estrategia seductora de lo que el MMF del Sur global hace ya tiempo definió como “neoliberalismo de colores”<sup>11</sup>, prometiéndonos un *juego todos ganan* con la expansión global del capital y asegurando que este proceso es plenamente compatible (por no decir condición necesaria) para el cumplimiento de derechos civiles y políticos de los colectivos diversos (de las *minorías*:

---

<sup>8</sup> Evitar el sexismo en el lenguaje es difícil, más aún lo es escapar del binarismo heteronormativo. El uso de la “x” es una forma de ejercer la “desobediencia lingüística” (a la que nos animan Beatriz P. Repes y Paula Pérez-Rodríguez, 2013) en los casos en que los genéricos no son posibles o bien cuando se quiere enfatizar el carácter plural (actual o deseado) en términos de identidad sexual y de género del conjunto social al que nos referimos

<sup>9</sup> Al hablar de *esa Cosa escandalosa*, parafraseamos a Donna Haraway (1991), quien se preguntaba cómo llamar a este sistema complejo, que se construye sobre la intersección de múltiples ejes de desigualdad: un sistema que, amén de ser capitalista, es también heteropatriarcal, racialmente estructurado, (neo)colonial, medioambientalmente depredador...

<sup>10</sup> Este autor identifica dicho proyecto en torno a seis apuestas que abarcan las dimensiones económica, política y cultural: A nivel económico, este proyecto combina un planteamiento de medio/largo plazo de “lanzamiento de una nueva onda expansiva en base a la *cuarta revolución industrial*” (apuesta I) con la búsqueda más inmediata de rentabilidad en base a “la ampliación de la frontera mercantil a escala global” (apuesta II). A nivel político, articula un doble movimiento de “metapolitización del comercio internacional a escala global” (apuesta III) y de “estados autoritarios que desregulan derechos colectivos” (apuesta IV), con el que garantiza la inexistencia de un poder popular soberano con capacidad de frenar esa expansión capitalista. Finalmente, a nivel cultural, “el fascismo social y el fomento de la guerra entre pobres” (apuesta V) y “la emulación del horizonte del *Silicon Valley*” (apuesta VI) aseguran la ausencia de voces discordantes y la proliferación de lo que podríamos llamar *subjetividades cómplices* con el sistema.

<sup>11</sup> Ver Magdalena León, en Amaia Pérez Orozco (2017).

mujeres\*, LGTB, poblaciones racializadas...). El capitalismo de guerra económica parte de la constatación de que esa promesa era inviable y que, más bien, lo que se ha hecho evidente es que en este sistema *no cabemos todos*. Es un planteamiento de otro tipo: queden entonces dentro los míos, y queden bien ordenados por jerarquía de género, racialización, clase social, etc.<sup>12</sup>. Y este proyecto de expulsión requiere dosis de violencia mucho más explícitas para imponerse.

¿Son realmente dos proyectos distintos? Un debate fuerte que aparece es si estamos observando una contraposición entre un proyecto *librecambista* y otro *proteccionista*. Cierto es que tienen estrategias parcialmente distintas. Por ejemplo, el mayor multilateralismo en la negociación/imposición de tratados de comercio e inversión del primero y el mayor unilateralismo del segundo. Pero igualmente cierto es que ambas versiones persiguen un objetivo común centrado en la mercantilización capitalista global y *total*<sup>13</sup> y tienen por tanto las mismas funestas implicaciones en términos de asedio directo a la vida. Dicho en otros términos, el proyecto de fondo es el mismo y trata de “mantener el patrón hegemónico de poder” (Gonzalo Fernández, 2018). Son dos agendas pro-sistema tras las cuales hay intereses geopolíticos en disputa y estrategias de imposición distintas.

Además de los falsos debates a desmontar entre multilateralismo y unilateralismo, librecambismo y proteccionismo, podemos señalar otro que tiene el género como núcleo de la disputa. Entre las amabilidades que nos ofrece la agenda universalista está su aparente entusiasmo feminista condensado en la promesa de la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres. Frente a este discurso, encontramos la profunda animadversión del capitalismo de guerra económica ante lo que despectivamente denomina la *ideología del género*. ¿Qué hay detrás de esta aparente contradicción?

La mercantilización de la vida se da mediante un doble mecanismo. Uno de ellos juega a la seducción: transformando la idea misma de lo que es vivir (bien), el modo de vida al que aspiramos, cómo nos entendemos los sujetos en el mundo y cómo dotamos de sentido a lo que somos y hacemos. La seducción fue quizá la baza jugada preferentemente por el proyecto hegemónico en décadas recientes; y sigue siendo la baza del neoliberalismo de colores. Nos decían *este es el bienestar y aquí cabemos todos*. Pero siempre ha ido acompañada de un segundo mecanismo: la violencia. Una violencia en ocasiones instrumental, y cada día más expresiva. Se trata de transmitir el mensaje: *aquí lo que se domina es la vida, el conjunto todo de lo vivo*. La seducción nos mercantiliza la vida *dulcemente* y la violencia lo hace *agresivamente*. Y una mirada feminista nos permite ver los hilos de continuidad entre ambas estrategias.

---

<sup>12</sup> Siempre que se utiliza el masculino genérico se hace expreso, para señalar el carácter heteropatriarcal de estos relatos.

<sup>13</sup> En otros términos, la versión unilateralista no es proteccionista, sino que persigue la imposición global de los capitales nacionales, frente a la imposición global de los capitales ya transnacionalizados de la versión más multilateralista.

En el juego seductor del proyecto universalista, es crucial defender que todas y todos hemos de tener las mismas posibilidades de ascenso y éxito. La igualdad de oportunidades, lejos de estar reñida con la desigualdad de resultados, la justifica: para un discurso meritocrático, si partimos del mismo punto no hay problema en que lleguemos a lugares distintos, son reflejo de nuestro esfuerzo diferente, lo que nos merecemos. Y la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres ha sido (y sigue intentando ser) una baza muy utilizada por la globalización neoliberal.

Sin embargo, las críticas feministas a la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres son muchas: que dicha igualdad *de facto* no existe nunca, sino que es una ficción construida en base al espejo femenino del BBVAh<sup>14</sup>. Que la igualdad relevante es la que abarca todo el proceso (principio, llegada y camino) y llega a todas-todas-todes. Y que eso es inviable en el marco de una *Cosa escandalosa* inherentemente jerárquica. Esto lo hemos visto claramente al ver cómo la mejora de posiciones de algunas en el mercado laboral se daba a costa de la rearticulación de la división sexual del trabajo en torno a cadenas globales de cuidados.

Necesitamos desvelar cuestiones que el discurso de la igualdad de oportunidades esconde y que son pilares del sistema<sup>15</sup>. La demonización de la ideología del género (y por tanto la defensa de la domesticidad de las mujeres\*, de nuestra innata capacidad cuidadora y amorosa) es más bien un espejo que nos muestra con toda su crudeza lo que pretende ocultarse. Las dos agendas tienen un proyecto común de rearticulación del heteropatriarcado. En uno, el éxito de unas pocas (a costa de otras) se nos vende como el éxito de todas; en el otro, se nos insiste en que hemos de mantener el orden: mujeres en su sitio y hombres en el suyo, con pleno cumplimiento de una jerarquía racial y de clase. Nuestra apuesta no es ni la igualdad de oportunidades para insertarse en un sistema desigual ni la defensa expresa de la jerarquía de género. Necesitamos desvelar la dimensión heteropatriarcal del proyecto de recomposición del capitalismo, sacando a la luz elementos clave de lo que podríamos llamar es su *agenda oculta*.

Más allá de la aparente contradicción entre el proyecto neoliberal del *American dream* hoy defendido por la UE y el abiertamente neoautoritario del *America first* de Trump y demás *hombres fuertes* (Jai Bolsonaro, Vladimir Putin, Rodrigo Duterte...), es de prever una síntesis de ambos, con dos características fundamentales. Por un lado, el establecimiento de hilos de continuidad con el

---

<sup>14</sup> Con este término nos referimos irónicamente al sujeto privilegiado de la Modernidad capitalista, heteropatriarcal y colonialista: el blanco burgués varón asfaltado heterosexual. María José Capellín, en su participación en el seminario de lanzamiento de la campaña organizada por colectivos de mujeres y sindicatos por una Ley Vasca de Atención a la Dependencia, Bilbo 13 de Mayo de 2005, habló del BBVA: blanco, burgués, varón, adulto. Aquí retomamos esa idea añadiendo la "h" de heterosexual y cambiando la "a" de adulto por la "a" de asfaltado (sin negar el edadismo como otro sistema de privilegio/opresión, creemos que es aún más grave el sesgo urbanizador del proyecto Modernizador capitalista).

<sup>15</sup> Antes bien, es un discurso que ha servido para legitimar políticas cuyo impacto en términos de igualdad han sido nefastos, pero que han podido ser muy lucrativos para un grupo selecto de mujeres (por ejemplo, al introducir ciertos derechos de conciliación de la *vida laboral y familiar* en el marco de procesos de desregulación y precarización del mercado laboral).

proyecto de la globalización neoliberal previo: la globalización, entendida como el proceso de acumulación de poder y recursos a escala global en torno al poder corporativo a costa de la creciente mercantilización de la vida y el establecimiento de una “arquitectura jurídica de la impunidad”<sup>16</sup> no va a detenerse. Y, por otro y en cierta ruptura con el proyecto previo, por un carácter mucho más abiertamente reaccionario y violento. Se cayeron ya las máscaras del *neoliberalismo de colores*. Se acabó la retórica de que este es un juego donde *todos ganan* y donde el negocio privado y los derechos (individuales) van de la mano<sup>17</sup>. Si la crisis ecológica y civilizatoria deja claro que aquí no cabemos todxs, la pregunta para ese nuevo proyecto de síntesis es quién quedará dentro. Se avecina un capitalismo de corte nítidamente heteropatriarcal y racista. Para quienes buscamos otros futuros posibles, la pregunta es cómo desmontar un sistema en el que alguien (tantas) han de quedar fuera y cómo construir otro no basado en la exclusión.

## 5- Nombrar el malestar para cuidar el buen convivir

Estamos en un momento de disputa de relatos. Frente a aquella afirmación de que presenciábamos el fin de la historia y por tanto no existían relatos alternativos, se abren nuevas historias sobre el mundo que nos importa. ¿Cómo podemos reorganizar este mundo compartido de manera que sí quepamos todxs? Silvia L. Gil (2011) hace un llamamiento a la construcción de “lo común” desde una doble óptica: como punto de partida, entendiendo que tenemos un problema común que hemos de resolver colectivamente; y como punto de llegada, compartiendo un horizonte de transición por el que apostar, en ruptura con el proyecto hegemónico de esa *Cosa escandalosa* del siglo XXI. A esta construcción de lo común hemos de contribuir todas las miradas críticas, todos los movimientos emancipadores, en un intento de confluencia y contagio horizontales. Para poder construir un horizonte común en el que sí quepamos, necesitamos reforzar relatos contrahegemónicos. ¿Qué pueden aportar los feminismos?

Los actuales tiempos de transición son momento de extraer el jugo político de los aprendizajes de anteriores crisis. Al comienzo de este texto afirmábamos que los feminismos habían comprendido dos asuntos centrales de anteriores crisis: que es la vida lo que está en juego (el conflicto capital-vida) y el papel de los trabajos invisibilizados y feminizados como colchón final de los procesos vitales.

---

<sup>16</sup> A través, de manera clave, de la nueva oleada de tratados de comercio e inversión (Gonzalo Fernández, 2018).

<sup>17</sup> Insistimos en que se trata de una retórica. En la *civilizada* Europa ya se han levantado (más) vallas y muros, se han desplegado fuerzas del orden y emitido normativas en lo que, ojalá y con el tiempo, se acabe reconociendo como una profundísima vergüenza histórica. En la legalista Europa se ha regulado la confiscación de pertenencias personales a las personas solicitantes de asilo para *cubrir los gastos que su llegada acarrea*. En la Europa fortaleza han llegado inviernos y a sus puertas han muerto de frío quienes se hacían en campos de refugiadxs de una falta de dignidad inexpresable; sumándose a quienes siguen ahogándose en el Mediterráneo. El neautoritarismo agrava y hace explícita la violencia que intentaba ocultarse, y que, en última instancia, emana del conflicto capital-vida.

Insistir en el conflicto capital-vida como parte clave de ese común de partida es un aporte fundamental de los feminismos. ¿En qué sentido el planteamiento de este conflicto ayudar a construir un espacio colectivo de articulación política?

En primer lugar, los feminismos pueden nombrar esta tensión porque hablan desde los procesos vitales. Necesitamos relatos contruidos desde la vida y que hablen sobre la vida. No relatos tecnicistas, ni sobre grandes procesos abstractos desvinculados del hecho cotidiano, ni aquellos que sacrifican lo que somos por un algo superior. Hay relatos que hablan desde y sobre la vida y están elaborados y teorizados; los hay aferrados al quehacer diario; los hay literarios y los hay con faltas de ortografía. Pero, cuando surgen desde ahí, todos ellos tienen un terreno de comprensión y de encuentro que se siente en la piel, que desborda las palabras. Todos son imprescindibles para construir un cuento distinto, uno que nos hable de un buen convivir en el que todas las vidas importen desde su diversidad; uno que nos dé pistas sobre cómo asumir una responsabilidad colectiva en poner las condiciones de posibilidad de ese conjunto vivo y diverso.

Hablar desde la vida nos posibilita captar la urgencia vinculada a la situación de emergencia, a la imperiosa necesidad de dar respuestas ya mismo. El conflicto capital-vida está profundamente encarnado porque la vida es cuerpo, donde se expresa nuestra vulnerabilidad. Podemos plantear grandes teorías o revoluciones, pero, si no sostenemos los cuerpos cada minuto, la vida, simplemente, no es. Si, mientras discutimos las políticas de migración y refugio, llega la nieve a los campamentos, quienes esperaban el resultado de ese debate, quizá ya, simplemente, no estén. En *esta Cosa escandalosa*, donde se otorga un valor radicalmente desigual a las vidas, hay cuerpos que pueden ser violados, mutilados, morir de hambre o de frío, mientras que otros cuerpos dominan, también físicamente, al conjunto de lo vivo. En *esta Cosa escandalosa* se imponen las vidas que ni siquiera han de preocuparse por ser cuerpo vulnerable, porque están aseguradas precisamente mediante la dominación sobre otros cuerpos, otras vidas.

En segundo lugar, y vinculado al hecho de hablar desde la vida, los feminismos hablan desde el conflicto, desde la conciencia de que la crisis se instala como régimen. Ante la degradación de condiciones vitales, la proliferación de los malos vivires desigualmente repartidos, ¿qué relatos nos ofrece el proyecto hegemónico? En su versión seductora, niega esta progresiva e imparable degradación de condiciones vitales. Se nos impele, por tanto, a que normalicemos la precarización generalizada de la vida como nuevo contexto, como simple *medio ambiente* en el que desplegar nuestras estrategias cotidianas de supervivencia, individualizadas y retóricamente meritocráticas (como si de verdad no importaran ni las herencias materiales y simbólicas, ni las marcas corporales que nos vienen dadas). Se nos fuerza a normalizar, en definitiva, el no tener capacidad de decisión sobre nuestras vidas y el vivir en un alambre permanente sin red debajo. Y legitimamos que, en este contexto, salga adelante quien más se acerca al mito perverso de la autosuficiencia, quien parece no necesitar a nadie, no depender más que de sí y de sus habilidades para competir en los mercados: el *más fuerte*, el *más listo*, el *mejor preparado*... ¿el *más blanco*?

Pero esta normalización parece haber alcanzado su tope. Porque, volviendo de nuevo a Silvia L. Gil: “Lo que sí que existe es una brecha, una crisis, un malestar, una sensación informe y sin nombre concreto que señala que ‘esto no marcha’” (2011: 309). Las gentes parecemos necesitar nombrar el malestar que sentimos. Y el problema es que esta enunciación la está captando el proyecto hegemónico en su versión violenta: hay problemas, no cabemos todos, expulsemos a quienes sobran. Hay problemas, solos no podemos. Apostemos por la comunidad: la nacional, la racialmente homogénea, la *comodiosmanda*.

Por eso es imprescindible nombrar el malestar desde otros relatos que no propongan la expulsión ni el orden interno jerárquico. Y aquí viene otro problema adicional: ¿cómo nombrarlo en tanto que problema común? Desde posiciones críticas, venimos intentándolo desde hace tiempos. Pero lo hacemos, a menudo y en general, sin éxito. No logramos captar el malestar. Quizá porque pretendemos expresar la sensación cotidiana de *no caber* con un “somos el 99%” sin afrontar el proceso de construcción de ese 99% común. Es mucho más sencillo capturar el descontento proponiendo “dejemos fuera al otro” (y a la otra, y a le otre). Los *hombres fuertes* nos ofrecen una pregunta de fácil respuesta: si no cabemos todos, ¿a quién vamos a dar cabida? A mí, a los míos. Pero, si no queremos que sean ellos quienes definan quién entra y quién no, hemos de nombrar el malestar nombrando a la par sus afectaciones radicalmente desiguales. No son útiles las respuestas falsamente buenistas.

En esta línea avanza el feminismo al sacar a la luz las afectaciones desiguales del ataque a la vida común. La expansión global de esa *Cosa escandalosa* implica la intensificación del proyecto de mercantilización de la vida (humana y no humana) del cual unas pocas vidas salen beneficiadas a costa del saqueo del planeta y de los malos vivires desigualmente repartidos del conjunto social. Mercantilización de la vida e intensificación de las desigualdades van de la mano. No se trata de una desigualdad *limpia* (donde haya quienes están dentro frente a quienes quedan fuera) sino, más bien, de un proceso de hipersegmentación socioeconómica. Por eso, la resistencia no puede establecerse dando por hecho que *estamos juntxs*, sino proponiéndonos construir un sujeto político colectivo, entre otras cosas, mediante la identificación cuál es el problema común (que nos afecta de forma tan violentamente desigual) y cómo se relaciona con la expansión del proyecto hegemónico.

Así que el tercer aporte de los feminismos al nombrar el conflicto capital-vida es reconocer su cruce con un complejo entramado de privilegio/opresión. No afirmamos que todo lo vivo o las vidas de todas las personas estén igualmente amenazadas en aras de un capital abstracto (¿y sobrehumano o ultraterreno?). Muy distinto a ello, los feminismos arguyen que funcionan un conjunto de estructuras materiales y simbólicas que permiten acumular poder y recursos en torno a una única vida, la de quien domina el proceso de acumulación, encarnando el poder corporativo. Esta vida es dotada de sentido en sí misma, escindida del conjunto de lo vivo, convirtiéndose así en la única digna de ser sostenida por y a costa del resto, la del BBVAh. Es el sujeto que se impone como el sujeto *mayoritario* en la Modernidad capitalista, el que define lo

propiamente humano en esa *Cosa escandalosa*, convirtiendo a todo el resto en *minorías* subordinadas y a su servicio. La vida del BBVAh se garantiza a costa de la instrumentalización y consiguiente expolio de la vida del planeta; y de ataques a la vida humana de virulencia radicalmente desigual en función de cuánto se alejen los sujetos de esa figura privilegiada. El conflicto capital-vida es el conflicto de la vida del BBVAh con el conjunto de lo vivo.

Requerimos narraciones que se construyan desde la incomodidad, renunciando a los engañosos algodones del *win-win* o *todos ganan*: desarrollo sostenible, economía verde, crecimiento y democracia... Porque, para caber todxs de verdad, hemos de perder privilegios acumulados, comodidades vitales. O hemos de *ganar* desde una concepción de lo que es ganar radicalmente distinta, no construida sobre la exclusión y el acaparamiento; una concepción del *ganar* que pase por *perder*.

Si estas son las implicaciones del primero aprendizaje de anteriores crisis (el conflicto capital-vida), los aprendizajes del segundo (el sostenimiento del sistema sobre una *cara B* de malos-cuidados) nos llevan por otros terrenos, sobre todo, vinculados a la pregunta de hasta qué punto el compromiso vital desplegado en esos trabajos pueden ser punto de partida para la construcción de una nueva *lógica ecológica del cuidado* (Precarias a la deriva, 2005). En palabras de Maristella Svampa, referidas específicamente a lo que denomina “ecofeminismos de la supervivencia” en el Sur global:

“El lenguaje de valoración de las mujeres, enmarcado en la cultura del cuidado, tiende a expresar un ethos procomunal potencialmente radical, que cuestiona el hecho capitalista desde el reconocimiento de la ecoddependencia y la valoración del trabajo de reproducción de lo social. En su versión libre de esencialismos, el ecofeminismo aporta una mirada sobre las necesidades sociales, no desde la carencia o desde una visión miserabilista, sino desde el rescate de la cultura del cuidado como inspiración central para pensar una sociedad sostenible, a través de valores como la reciprocidad, la cooperación y la complementariedad.” (2015)

Estas palabras suenan muy cercanas a las que Precarias a la deriva (2005) enunciaba hace más de una década, en torno a las reflexiones sobre la crisis de los cuidados y la precariedad en la vida:

“Virtuosismo afectivo, interdependencia, transversalidad y cotidianeidad constituyen, pues, los ingredientes clave de un saber-hacer cuidadoso, fruto de la inteligencia colectiva y corpórea, que rompe con la lógica securitaria y abre, así, grietas en los muros del miedo y de la precarización. Pero, ojo, esto no es una receta para mujeres sacrificadas, sino una línea sobre la que insistir para la transformación social radical.” (2005)

Tenemos aquí un debate de fondo. ¿En qué medida ese lugar de (impuesto a) la feminidad es un terreno potente para hacer política liberadora o es, parafraseando a María Jesús Izquierdo, otro modo de ser de los “sujetos

dañados” del patriarcado capitalista blanco? Entre el espacio de la masculinidad hegemónica, construido en torno al pensar solo, prioritaria o primeramente en sí y en un mundo abstracto de lo público donde se reconocen individualidades (el mercado, la lucha revolucionaria...); y el de la feminidad hegemónica que supone diluirse para un entorno encorsetado y asfixiante (el hogar, la familia); entre la autosuficiencia y la dependencia; entre la ética productivista y la ética reaccionaria del cuidado... ¿qué nos queda? Para gestionar la interdependencia en reciprocidad y con autonomía necesitamos estallar este corsé, construir otras formas de estar y entendernos en y con el mundo. La lógica de acumulación es androcéntrica y el proceso de garantizar la vida está feminizado. La construcción de una ética de cuidado mutuo del buen convivir exige la ruptura con el binarismo heteronormativo. Pero, en el camino hacia ello, ¿hay un espacio privilegiado para el accionar político en las esferas invisibilizadas y feminizadas que históricamente han sido el lugar de la *retaguardia*, aquel de la no política frente a la testosterónica *vanguardia*?

Los aprendizajes nunca están completos y cerrados. Es fundamental seguir en ellos. Si con anteriores crisis nombramos el conflicto y entendimos las esferas invisibilizadas donde se (mal) cuidaba la vida atacada, ¿qué de nuevo podemos aprender hoy? Para algunas compañeras, el feminismo tiene a día de hoy una responsabilidad histórica en comprender el papel estructural que está jugando la violencia y el sustrato heteropatriarcal que conecta diversas formas de violencia, incluyendo la corporativa.

En lugares como México, presenciamos una espiral de violencia desplegada a lo largo de las décadas que va absorbiendo los cuerpos de las mujeres\* (los feminicidios de Ciudad Juárez), los de migrantes (la masacre de Tamaulipas), los de estudiantes rurales (las desapariciones de Ayotzinapa) y ahora abarca ya cualquier cuerpo, en cualquier lugar. México es, como afirma Silvia L. Gil una “experiencia inconmensurable de violencia, muerte, desapariciones, torturas: la vida realmente no vale nada” (2015). Pero... “¿Y si México, en lugar de un punto y aparte en la historia, fuese el modelo al que tendemos? La definitiva anulación de cualquier límite a la acumulación de beneficio, que implica instaurar como norma la excepción permanente, y que la existencia de la mayoría no valga nada” (Gil, 2015). En palabras de Hilda Salazar, México es “un espejo de algo que está oculto, por eso no lo vemos [pero] se va a destapar, como se destapó en este país”<sup>18</sup>. ¿Qué implicaciones tiene esto para la resistencia y las alternativas?

En la resistencia a la violencia heteropatriarcal quizá haya una clave de emancipación. En ella hay una gran fuerza política y movilizadora. En Abya Yala tienen mucha potencia los movimientos *ni una menos*, en los que participan con contundencia muchas mujeres\* jóvenes. Estas movilizaciones se están expandiendo globalmente y están también aportando articulaciones novedosas: formas *clásicas* (como los paros y las huelgas) que se reformulan y se vinculan a *nuevos temas* (ya no son solo por cuestiones laborales).

---

<sup>18</sup> Comunicación personal, febrero de 2017, en preparación de Pérez Orozco (2017).

Ahora bien, también hay un riesgo grande de que el tema de la violencia sea apropiado por las élites y las instituciones y, desde ahí, se le despoje de su potencia. Hay un serio riesgo de tematizar el asunto, desvinculándolo precisamente de su capacidad de cuestionamiento estructural. Y hay también un riesgo de que derive en una apuesta por soluciones criminalizadoras de refuerzo de sistemas penales, policiales, judiciales, etc., que tienen fuertes implicaciones racistas y clasistas. Además, este discurso tematizado y punitivo podría servir para legitimar a instituciones que están siendo cómplices, si no protagonistas directas, de la imposición del proyecto hegemónico.

En definitiva, la violencia está en el centro de la disputa y está lanzando un mensaje: se trata de dominar la vida. Esto puede leerse como una cualidad heteropatriarcal transversal a los diversos tipos de violencia. El conjunto de miradas emancipadoras y movimientos sociales tenemos la responsabilidad histórica de comprender la complejidad y profundidad de lo que está en juego; la responsabilidad de romper definitivamente con la tolerancia y legitimación (por sutil y encubierta que sea) de las violencias machistas, entendiendo además que este es el caldo de cultivo que pone las condiciones de posibilidad de la violencia corporativa. Y el MMF tiene la responsabilidad histórica de ayudar a desembrollar los confusos nexos entre diversas formas de agresión, evitando ser capturado por un enfoque institucional que desactive la potencia de la resistencia a la violencia machista y, peor aún, la convierta en una nueva cortina de humo.

En este momento de conflicto crudo y encarnado, parece haber llegado el tiempo de los *hombres fuertes*. Se acabaron los paños calientes, las medias tintas. Quien tiene capacidad de gobernar el mundo es quien es propietario del mundo, quien es el mundo: el sujeto *mayoritario* para el cual las mayorías sociales son un sumatorio de *minorías*: mujeres\*, negros, indígenas, campesinos, obreros... Es el BBVAh. Hillary Clinton no es hombre; Obama es *menos hombre*, porque es negro. Los hombres son fuertes o no son hombres; y los hombres fuertes son blancos, son propietarios (de mucho), son hetero. Lo que está en disputa es inmenso; como afirma con crudeza Silvia L. Gil (2016): “Nos jugamos demasiado, nos jugamos la vida”.

Pero, a la par que el ataque se vuelve voraz, también se redobra la lucha por la vida misma. *Vivas nos queremos* es un grito que nace en América Latina y nos atraviesa a todas. Es un plantón contra la violencia heteropatriarcal y una denuncia de que esta conforma la base del mundo violento que niega lo vivo. El movimiento *Black lives matter* (las vidas negras importan) afirma la humanidad y el valor de las vidas negras y su resiliencia frente a “un mundo en el que las vidas negras están sistemática e intencionalmente amenazadas de muerte”<sup>19</sup>. Los feminismos diversos, en ruptura con *esta Cosa escandalosa*, en contagio con otras posiciones políticas emancipatorias, somos pieza fundamental para intentar conducir esta transición ecosocial hacia un mundo donde quepan muchos mundos, donde todas las vidas importen, en su diversidad, donde el cuidado del buen convivir sea el eje vertebrador de las economías otras.

---

<sup>19</sup> A HerStory of the #BlackLivesMatter Movement.

## Bibliografía

Butler, Judith/Soloveitchik, Rina (2016), "Entrevista a Judith Butler: 'Trump está liberando un odio desenfrenado'", *Paquidermo*, 11 de noviembre 2016.

Disponible en <https://revistapaquidermo.com/archives/13308>

Carrasco Bengoa, Cristina (2001), "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?", *Mientras Tanto*, núm. 82, 2001, pp. 43-70. Disponible en

<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20101012020556/2carrasco.pdf>

Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo (2014), *La vida en el centro y el crudo bajo la tierra. El Yasuní en clave feminista*. Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, Quito.

<http://www.entrepueblos.org/files/yasunienclavefeminista.pdf>

Durán, María Ángeles (2012), *El trabajo no remunerado en la economía global*, Fundación BBVA. Disponible en

[http://digital.csic.es/bitstream/10261/76517/3/Duran\\_Trabajo\\_No\\_Remunerado.pdf](http://digital.csic.es/bitstream/10261/76517/3/Duran_Trabajo_No_Remunerado.pdf)

Fauné, María Angélica (1995), "Hogares ampliados y en manos de las mujeres", *Revista Envío*, núm. 161, 1995. Disponible en

<http://www.envio.org.ni/articulo/144>

Fernández Durán, Ramón (2011), *El Antropoceno. La crisis ecológica se hace global*, Barcelona, Virus. Disponible en

[https://www.ecologistasenaccion.org/IMG/pdf/el\\_antropoceno.pdf](https://www.ecologistasenaccion.org/IMG/pdf/el_antropoceno.pdf)

Fernández Ortiz de Zárate, Gonzalo (2018), *Mercado o democracia. Los tratados comerciales en el capitalismo del siglo XXI*, Icaria. Parcialmente disponible en

[http://www.icariaeditorial.com/pdf\\_libros/Indice%20y%20prologo\\_Mercado%20o%20democracia.pdf](http://www.icariaeditorial.com/pdf_libros/Indice%20y%20prologo_Mercado%20o%20democracia.pdf)

Gálvez Muñoz, Lina (2013), "Una lectura feminista del austericidio", *Revista de Economía Crítica*, núm. 15, primer semestre 2013, pp. 80-110. Disponible en

[http://revistaeconomicritica.org/sites/default/files/Crisis-02\\_linagalvez.pdf](http://revistaeconomicritica.org/sites/default/files/Crisis-02_linagalvez.pdf)

Gil, Silvia L. (2011), *Nuevos Feminismos. Sentidos comunes en la dispersión. Una historia de trayectorias y rupturas en el estado español*, Madrid, Traficantes de Sueños. Disponible en

<https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Nuevos%20feminismos-TdS.pdf>

----- (2015), "Nuevas politizaciones para nuevos corazones. Hacia una política de lo común", *Tercera Vía*, 20 septiembre 2015. Disponible en

<http://terceravia.mx/2015/09/nuevas-politizaciones-para-nuevos-corazones-hacia-una-politica-de-lo-comun-2/>

--- (2016), "Cuando nos jugamos la vida: apoyar la movilización en México contra las violencias machistas", *Diagonal-blogs. Vidas precarias*, 22 de abril de 2016. Disponible en internet.

<https://www.diagonalperiodico.net/blogs/vidasprecarias/cuando-nos-jugamos-la-vida-apoyar-la-movilizacion-mexico-contra-violencias>

Haraway, Donna J., (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Valencia, Universitat de Valencia, 1991/1995

Herrero, Yayo (2010), "Cuidar: una práctica política anticapitalista y antipatriarcal", en Carlos Taibo (dir.) (2010), *Decrecimientos. Sobre lo que hay que cambiar en la vida cotidiana*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2010, pp. 17-31

----- (2012), "Con los ojos abiertos. Una mirada para cambiar de disco", *Éxodo*, núm. 113, marzo-abril 2012. Disponible en <http://www.exodo.org/con-los-ojos-abiertos-una-mirada-2/>

Molyneux, Maxine (2007), "Change and Continuity in Social Protection in Latin America: Mothers at the Service of the State?", *Gender and Development Program Paper*, num. 1, UNRISD. Disponible en <http://www.unrisd.org/80256B3C005BCCF9/search/BF80E0A84BE41896C12573240033C541>

Pérez Orozco, Amaia (2017), *Del no al ALCA a la crítica del capitalismo patriarcal. Aprendizajes de las resistencias feministas en América Latina a los Tratados de Comercio e Inversión*, OMAL-Paz con Dignidad. Disponible en [http://omal.info/IMG/pdf/resistencias\\_feministas\\_latinoamericanas\\_frente\\_tratados\\_comercio.pdf](http://omal.info/IMG/pdf/resistencias_feministas_latinoamericanas_frente_tratados_comercio.pdf)

Precarias a la deriva (2005), "Una huelga de mucho cuidado", *ContraPoder*, núm. 9, 2005a, Disponible en [http://www.republicart.net/disc/precariat/precarias02\\_es.htm](http://www.republicart.net/disc/precariat/precarias02_es.htm)

Quiroga Díaz, Natalia (2009), "Economías feminista, social y solidaria. Respuestas heterodoxas a la crisis de reproducción en América Latina", *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 33, 2009, pp. 77-89. Disponible en <http://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/299>

Repes, Beatriz P. y Pérez-Rodríguez, Paula (2013), "Norma lingüística e ideología", *Diagonal-blogs. Vidas precarias*, 13 de julio de 2013. Disponible en <https://www.diagonalperiodico.net/blogs/vidasprecarias/norma-linguistica-e-ideologia.html>

Riechmann, Jorge (2013), *Fracasar mejor. Fragmentos, interrogantes, notas, protopoemas y reflexiones*. Olifante. Ediciones de poesía.

Río, Sira del (2003), "La crisis de los cuidados: precariedad a flor de piel", *Rescaldos. Revista de Diálogo Social*, núm. 9, 2003, pp. 47-57. Disponible en <https://www.rebellion.org/hemeroteca/economia/040308sira.htm>

Rodríguez Enríquez, Corina (2015), “Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad”, *Nueva Sociedad*, Núm. 256, marzo-abril 2015, pp. 30-44, disponible en [http://nuso.org/media/articulos/downloads/4102\\_1.pdf](http://nuso.org/media/articulos/downloads/4102_1.pdf)

Sánchez Cid, Marina (2015), “De la reproducción económica a la sostenibilidad de la vida”, *Revista de Economía Crítica*, núm. 19, pp. 58-76. <http://www.revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n19/MarinaSanchezCid-RupturaPoliticaEconomiaFeminista.pdf>

Segato, Rita Laura (2016), *La guerra contra las mujeres*, Traficantes de Sueños. Disponible en [https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map45\\_segato\\_web.pdf](https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map45_segato_web.pdf)

Svampa, Mariestella (2015), “Feminismos del Sur y ecofeminismos”, *Nueva Sociedad*, núm. 256, marzo-abril 2015. Disponible en <http://nuso.org/articulo/feminismos-del-sur-y-ecofeminismo/>

Vega, Silvia (2016), “La sostenibilidad de la vida como eje para convergencias teóricas y políticas”, en *Dossieres EsF. El Buen Vivir como paradigma societal alternativo*, núm. 23, pp. 34-37. Disponible en <http://ecosfron.org/wp-content/uploads/Dossieres-ESF-23.pdf>

Vega, Cristina, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes (eds.) (2018), *Cuidado, comunidad y común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*, Traficantes de Sueños. Disponible en [https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS-UTIL\\_cuidados\\_reducida\\_web.pdf](https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS-UTIL_cuidados_reducida_web.pdf)